



Murió Juan Sàndez.

Un Museo huérfano: El "Recull Artesà"

EL Sr. Juan Sàndez, recientemente fallecido, pasaba temporadas en Lloret y otras fuera. Pero siendo lloretense hasta el tuétano de sus huesos, volvía siempre con satisfacción a su pueblo natal y disfrutaba entonces descansando, cuidando y ampliando sus colecciones y charlando con sus amigos.

A veces, nos encontrábamos por la calle y al cabo de pocas palabras dirigíamos la conversación casi siempre hacia el mismo tema: su museo particular. "Vols venir a veure uns altres fòssils que he portat are?" —me decía—. Y acto seguido nos encaminábamos hacia su casa. Esta estaba situada —y está aún— hacia el final de la calle del Carmen. El la bautizó con el



Algunas de las piezas más importantes del Museo Sàndez en Lloret de Mar.

nombre de "Es meu niu" y eso se lee en la fachada de la misma. Para ir a la sala donde guardaba sus colecciones hay que atravesar toda la casa y un patio bastante amplio. A uno le daba la sensación que iba a entrar al Sancta Santorum de algún templo dedicado a la diosa Cultura. La sala queda, a la vez, muy próxima, por el otro lado, a otra calle (la de La Fábrica) de la que le separa un pequeño patio (más bien una especie de atrio). La casa está por tanto entre dos calles paralelas. En la pared del exterior se lee: Recull Artesà. Juan Sàndez no tenía pretensión de llamarle museo, sino simplemente "recull", reunión de objetos diversos, si bien el adjetivo "artesà" se quedaba corto pues no sólo coleccionaba piezas de arte o artesanía sino también fósiles, minerales, animales marinos, etc. En el mismo lugar, pues, fundía la obra de la naturaleza y la obra del hombre.

Entrábamos en su museo. La puerta era de hierro y procedía de la célebre forja catalana del siglo pasado. Una vez dentro, nos hallábamos rodeados de vitrinas y estanterías. Todo repleto y colocado amorosamente. Todavía debe de estar igual, aunque huérfano de la mano que le daba vida. En primer lugar, en una vitrina, aparecían diversos moluscos, animales de mar, erizos, estrellas, etc. Ejemplares parecidos veíamos en otros lugares de la sala. Luego aparecían armas; escopetas de pedernal, pistolas, sables, etc. Precisamente el señor Sàndez se lamentaba de no poder exhibir el sable de su padre, castellano que había venido a Cataluña luchando a favor del carlismo. Cuando Juan Sàndez era pequeño un día se lo había colgado al cinto para hacer teatro en "La Talía". "—Veureu quin un qu'en portaré de veritat!" —había dicho a sus compañeros. Luego el sable se había perdido. "—Tot per fer el maco!" —decía con sorna el propio señor Sàndez al explicármelo. Seguía luego una colección de cerraduras antiguas, llaves, hierros diversos... Por algo la profesión del creador era la de cerrajero; por algo don Juan Sàndez había marchado en su juventud a Barcelona para trabajar allí, los negocios le habían favorecido, y al llegar a su segunda juventud había vuelto a Lloret a disfrutar un poco, a gozar de una vocación tardía dirigida al coleccionismo. Así ahora llenaba sus ratos de ocio. Justo era que los hierros, con que había convivido largo tiempo, tuvieran

sitio de honor en su "recull". Por las paredes colgaban antiguos ladrillos pintados a mano, enmarcados de cuatro en cuatro. Del techo asimismo pendían artísticas lámparas y otros hierros bellísimamente trabajados. Luego habían varias vitrinas repletas de fósiles, del mayor al menor, que el Sr. Sàndez traía de la región del Maestrazgo (Castellón) a donde iba a tomar aguas. Seguían objetos de arte en metal, otros en madera, a un lado y a otro. En un cuadro, junto a un viejo billete de banco cubano, un nostálgico tiquet de socio de los bailes del desaparecido "Casino Industrial" (situado donde hoy están provisionalmente las Escuelas Nacionales masculinas). Juan Sàndez era, ante todo, un amante ferviente de Lloret y de lo nuestro. Por eso se había hecho construir diversas maquetas de posibles monumentos a los autores de "Marina" que ahora también figuran entre su colección, una de ellas con las figuras hechas de hierro fundido, de gota en gota. Era amigo precisamente de Hipólito Lázaro, el magnífico tenor que paseó triunfalmente por todo nuestro país las notas de la ópera citada, y como admirador suyo había hecho modelar un busto del cantante que figuraba en sitio de honor en la misma sala. Sería demasiado extenso citar con detalle todo lo que poseía. Sin embargo, cabe citar todavía, dos cuadros de cerámica (ladrillos) representando la procesión por mar de Santa Cristina y el "ball de plaça" respectivamente. Y también había querido honrar el recuerdo de todos los cerrajeros lloretenses ("els manyans") de su época. Así tenía la fotografía de buena parte de ellos, desde "En Marcelino", su primer patrón, hasta el actual Shilling, en un cuadro rodeado de ramas de laurel, todo ello en hierro forjado.

De todo esto se ha despedido inesperadamente su creador. Ya no volverá a invitarnos a ver nuevas adquisiciones ni le veremos colaborando en todas las obras deportivas y culturales de Lloret. Tampoco se emocionará al estrechar la mano de la doncella que acompaña al "cap dansaire" de la colla sardanista vencedora en el concurso local del 18 de Julio. Sin embargo le recordaremos como él sabía acordarse de su Lloret querido al cual quiso volver, hacer "es meu niu" y en el cual la muerte le alcanzó impensadamente.

JUAN DOMÉNECH MONER